

I,

ERA una tarde nebulosa. El ángel
de los nítidos ampos,
el ángel melancólico pasaba
taciturno, callado,
conteniendo sus alas en el éter
al mustiar con sus hálitos
las violetas y lirios que yacían
sobre gélidos tallos.
Todo estaba tristísimo. En el cielo
era gris el nublado;
parecían fantasmas y osamentas
los árboles abajo;
la tierra un gran cadáver..... semejaba
un sepulcro el espacio;
lo infinito la comba del sepulcro;
lo finito el sudario,
y el soplo de los vientos, el murmurio
de funerales cánticos.





II,

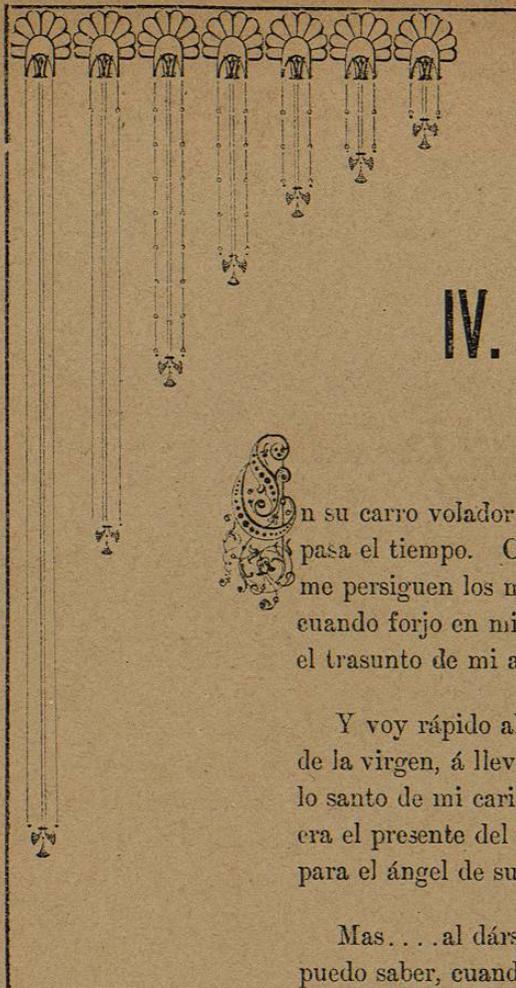
SIN rumbo yo cruzaba
mi senda ¡qué sombría!
Saliste de tus lares
¿nos vimos...? Puede ser...
¿El "te amo" fué la salve
de tu alma y de la mía?
¿El beso de un espíritu
que al otro conocía?
¿En mundos invisibles
se amaban ya? Tal vez.



III

Dónde la ví? Me digo entusiasmado.
Yo no recuerdo en dónde...
¿Es la hermosa visión que yo he soñado?
Pero la fe del corazón responde
con amoroso anhelo:
¿En dónde quieres que tu Dios no exista?
La que hoy apenas vista
es tu amada en el mundo, ya en el cielo
fué tu visión angélica de artista.



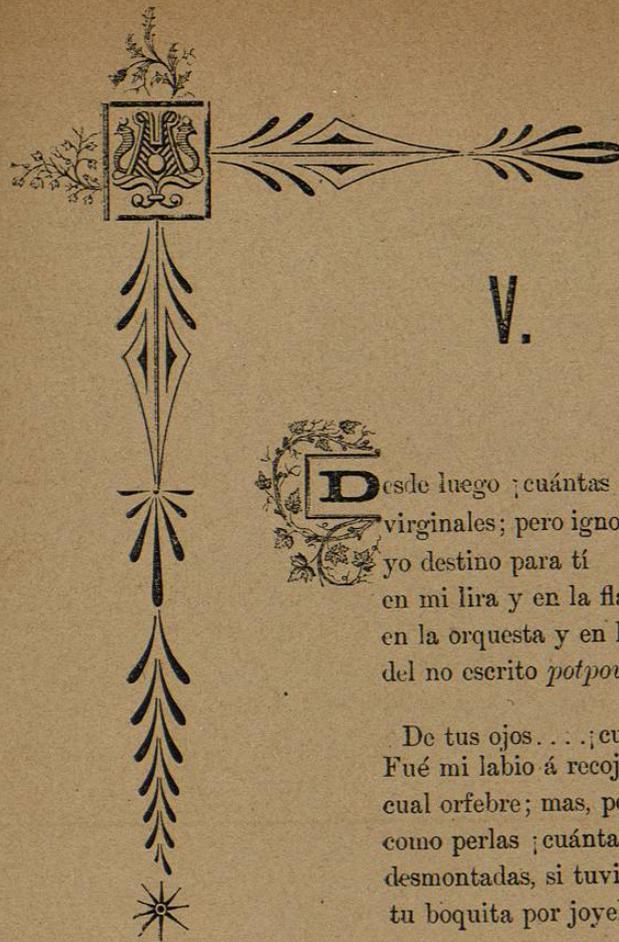


IV.

n su carro volador
pasa el tiempo. Con rigor
me persiguen los martirios
cuando forjo en mis delirios
el trasunto de mi amor.

Y voy rápido al hogar
de la virgen, á llevar
lo santo de mi cariño:
era el presente del niño
para el ángel de su altar.

Mas . . . al dárselo, de hinojos
puedo saber, cuando estallan
nuestras dudas y sonrojos,
por qué nuestros labios callan
si algo se dicen los ojos.

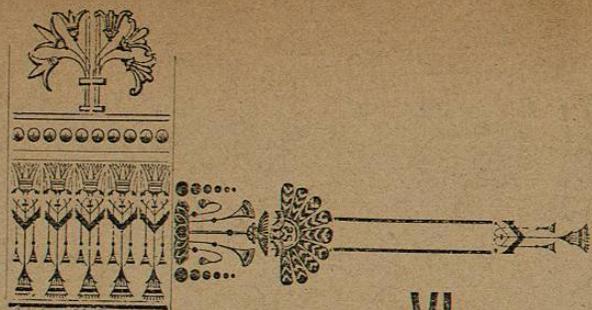


V.

Desde luego ; cuántas notas
virginales ; pero ignotas
yo destino para tí
en mi lira y en la flauta,
en la orquesta y en la pauta
del no escrito *potpourri* . . . !

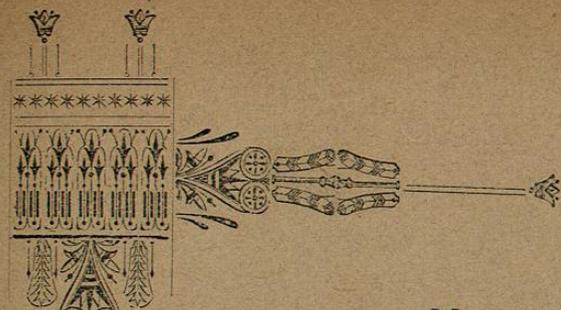
De tus ojos . . . ; cuántas perlas !
Fué mi labio á recojerlas
cual orfebre ; mas, por él,
como perlas ; cuántas fueron
desmontadas, si tuvieron
tu boquita por joyel !





VI.

Sin confesar del numen
 nuestro primer delirio;
 Sin confesar del alma
 nuestra inquietud, seguimos
 soñando como sueñan
 con el amor dos niños;
 viviendo cual dos flores
 en el ramaje mismo;
 cantando como cantan
 dos *liras* en el nido,
 y juntos, siempre juntos
 por el anhelo prístino,
 como en fragante cáliz
 dos gotas de rocío
 unidas por el beso
 de un hálito divino.
 Mas . . . ; ah! Cuando las almas
 quedaron sin testigos,
 huyeron por el éter
 en alas del delirio
 y juntas escucharon
 que la visión les dijo:
 pasad, ya la serpiente
 se fué del paraíso.



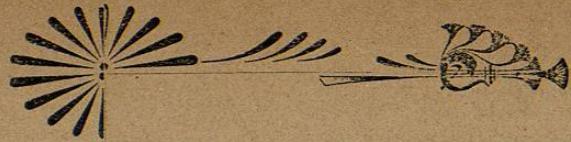
VII.

En el invierno sobre los campos,
 con los embates de su furor,
 dejaba mustios entre los ampos
 el tierno brote, la débil flor.

Iba dejando tras de su marcha,
 sobre las ruinas de tu verjel,
 nieves y fango, brumas y escarcha,
 turbas y hielo ; vándalo cruel!

Pero la tarde que al huerto fuimos
 sobre los prismas del albo tul,
 al mismo tiempo los dos cogimos
 entre los copos un lirio azul.

Tómallo—dije—si no te angustio,
 que algo de mi alma tiene la flor—
 Y fué . . . recuerdas? un lirio mustio
 la muda frase de nuestro amor.



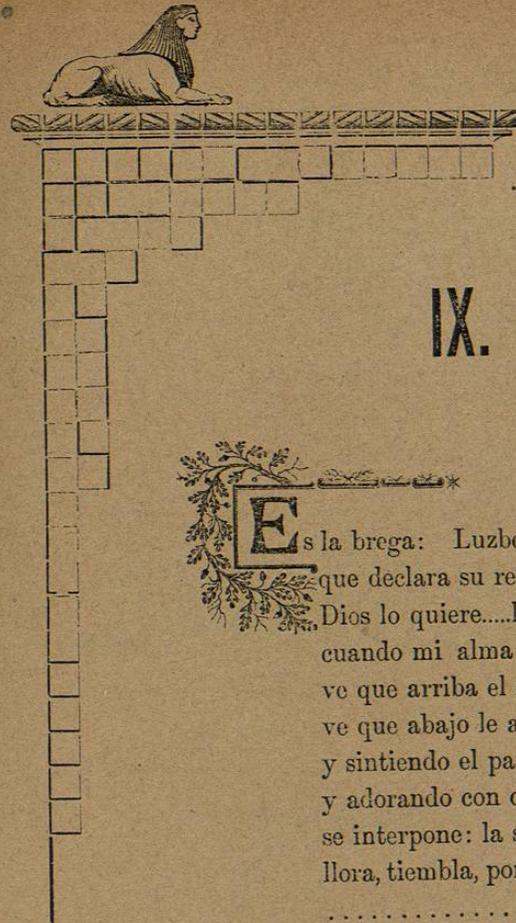
VIII.

Miendo la flor huímos nuestros ojos
y los dos nos miramos
en la faz, el amor, hecho sonrojos,
por fin delectreames.

Pero vi tras el prisma de mi anhelo
el fondo del sér mismo,
y vi distante de los dos el cielo
y muy cerca el abismo

Se depura con piélagos de llanto
el amor que sublima !
¿Cómo llevar á quién adora tanto
de un mar hasta la sima ?

Vi después tras el prisma de mi duelo
el fondo del sér mismo,
y vi distante de los dos el cielo
y más cerca el abismo.



IX.

Es la brega: Luzbel rebelado
que declara su reto al empíreo.
Dios lo quiere los bandos se chocan
cuando mi alma consulta el destino:
ve que arriba el zafir le seduce,
ve que abajo le aguarda el abismo,
y sintiendo el pavor de lo ignoto
y adorando con ciego delirio
se interpone: la sangre le asusta,
llora, tiembla, por fin lanza un grito.

En el campo la sangre borbota.
¿Qué pasó . . . ? Que Luzbel ha vencido
y que mi alma, la débil, la enferma,
arderá en los infiernos . . . ; un siglo!
porque vengas tan solo . . . ; un instante!
al Edén, junto á mí, dueño mío.

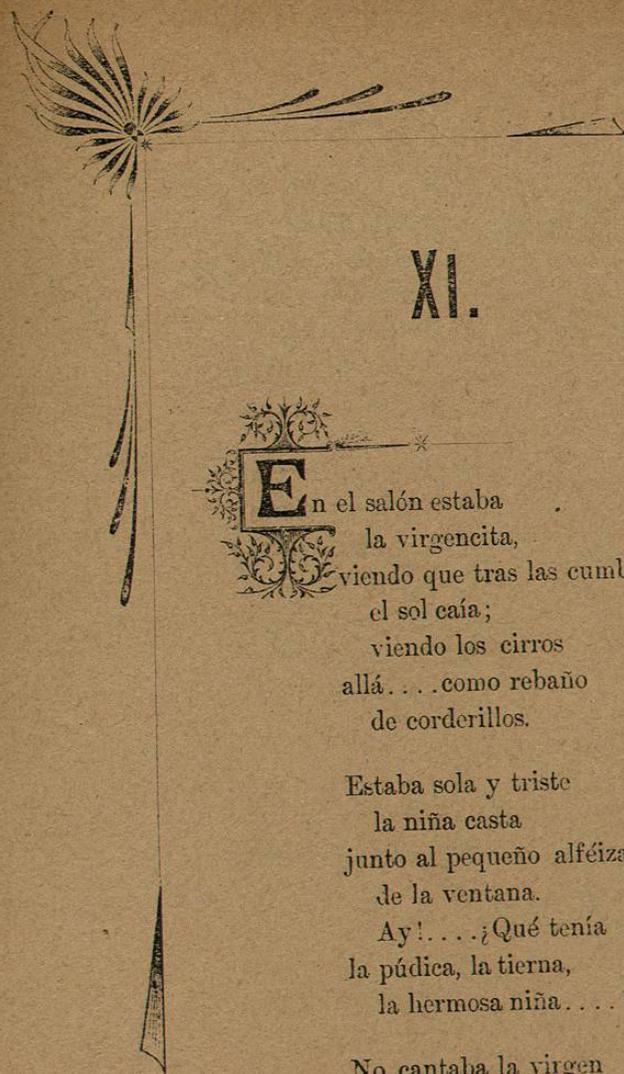




X.

Como rendido gladiador, mi cuerpo
al caer en la tierra,
oye como le arroja el vulgo-furia
la imprecación tremenda:

-Calma, ventura, vida, gloria, todo
lo perderás por *ella*.-
Pero allá, desde un haz de resplandores
responde mi alma . . . sea.

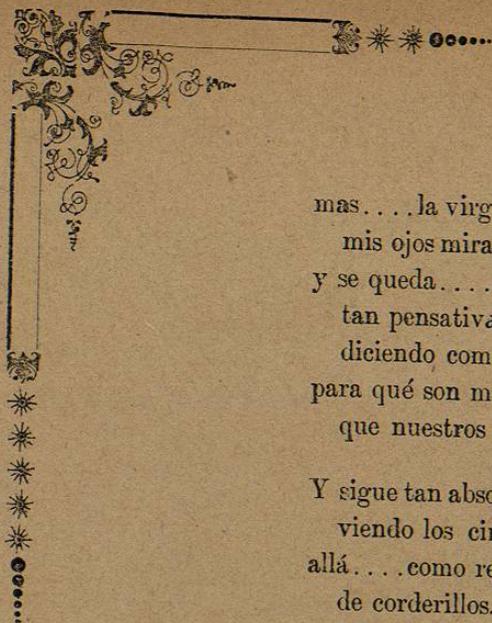


XI.

En el salón estaba
la virgencita,
viendo que tras las cumbres
el sol caía;
viendo los cirros
allá . . . como rebaño
de corderillos.

Estaba sola y triste
la niña casta
junto al pequeño alféizar
de la ventana.
Ay! . . . ; Qué tenía
la púdica, la tierna,
la hermosa niña . . . ?

No cantaba la virgen
ni su canario;
todo estaba en silencio,
todo, hasta el piano.
Llego, la miro,
para calmar su pena
le doy un libro;



mas . . . la virgen confusa,
mis ojos mira,
y se queda . . . se queda
tan pensativa . . .
diciendo como . . .
para qué son más libros
que nuestros ojos . . . !

Y sigue tan absorta
viendo los cirros
allá . . . como rebaño
de corderillos.
¡Ay! ¿Qué tenía
la púdica, la tierna,
la hermosa niña . . . ?



XII.

Llevó por fin sus ojos
al libro: quedó en calma
buscando en él impresos
los tintes del rubor.
Allí estaba el proemio
tan dulce de mi alma,
escrito en el poema
tan santo de mi amor.

Seguimos, repasamos
el libro, sin congoja,
sin que al leer pudiéramos
gemir ó suspirar;
mirando en cada letra,
mirando en cada hoja,
mirando en todas partes:
amar, amar, amar.

El libro quedó en tierra . . .
dulcísimo embeleso
fué uniendo poco á poco
las almas de los dos . . .
Se unieron nuestros labios
al dar el primer beso
y al beso nuestras almas
llegaron hasta Dios.



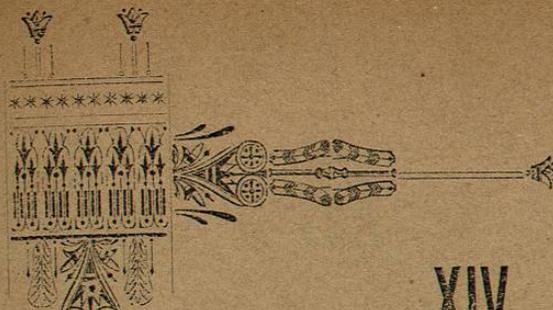
XIII.

Pronto pasó el instante
del extravía
y con muda sorpresa
los dos nos vimos;
tal vez pensando
que sin pensar la mente
se unen los labios.

Tú bajaste los ojos,
yo quedé mudo;
los dos pálidos, serios
como dos bustos,
mirando el libro. . . .
en tierra . . . como el cuerpo
de aquel delito.

Mas . . . al volver los ojos
por todas partes,
temiendo que la sombra
nos delatase,
¡ah! levantamos
el libro. . . de aquel beso
móvil tan santo.

Y, del salón, muy graves
luego salimos. . . .
separados, corteses,
cual dos amigos;
tal vez pensando
que sin pensar la mente
se unen los labios.



XIV.

Sual enfermo buscando la calma
para ver sin testigos, impreso
palpitando en el fondo de mi alma
el candor virginal de aquel beso,
al rincón me acerqué del tugurio
donde alienta mi sér sin ventura
y aun oí de aquel beso el murmurio,
aun el labio gustó la dulzura,
y al subir á la cima de rosas
donde Apolo soñando se inspira
allí el néctar probé de las diosas
y pulsé de los dioses la lira.
Quise ver, violentando el destino,
si el contacto labial del anhelo
es más dulce que néctar divino
desbordado á torrentes del cielo;
más sentido, vibrante y sonoro
que la olímpica lira en la fiesta,
cuando hierre con plectro de oro
el bordón apolino la orquesta;
pero supe que no hay quién supere
ese ritmo, la miel de tal choque.
primer beso de amor. . . . aunque fuere
como besa la carne al estoque.

